

FANJUL, Serafín, *La quimera de al-Andalus*, Madrid: Siglo XXI Editores, 2004, 271 pp.

Hay ocasiones en las que quien redacta una reseña crítica para una revista científica tiene que hacer un esfuerzo ímprobo para ceñirse a los aspectos puramente académicos y dejar de lado facetas sobre las que le gustaría dar su opinión no como especialista, sino como simple lector. Ésta es una de esas ocasiones, pues la lectura de *La quimera de al-Andalus* de Serafín Fanjul no puede dejar de suscitar en quien se sumerge en sus páginas una serie de reacciones emotivas no siempre agradables. Ya desde la primera página, en el «Preliminar», el lector queda avisado de cuál va a ser el talante que va a impregnar toda la obra: el autor no tiene el menor empacho en calificar a los que acogieron favorablemente su anterior libro, *Al-Andalus contra España*, de personalidades de la «Cultura, con mayúscula», mientras que descalifica a los que lo criticaron acusándolos de emplear el ataque personal para encubrir su falta de argumentos. Esta sorprendente y un poco sonrojante aseveración no tendría mayor trascendencia y no pasaría de ser una curiosa forma de jalearse antes de empezar la faena si no fuera porque el espíritu que deja traslucir impregna toda la obra, en la que reina de manera absoluta, como un sátrapa oriental, el más acendrado maniqueísmo y en la que el discrepante es tratado desdeñosa y despreciativamente, todo ello expresado en un tono pugnaz y quimerista que tal vez no sea el más apropiado para un libro que intenta ser riguroso.

Pero, como digo, no quiero ni debo centrarme en los aspectos formales —de forma y de formas— de este libro, sino que me limitaré a analizarlo como lo que proclama ser: un trabajo basado en datos fehacientes, elaborado de acuerdo con criterios científicos y con unos objetivos clara y expresamente marcados. Tal vez al final de estas líneas sea preciso plantearse algunos interrogantes suscitados por dichos objetivos, pero, por el momento, los aceptaremos como válidos y enjuiciaremos *La quimera de al-Andalus* obviando esas dudas.

Pero ¿cuáles son esos objetivos que el autor reconoce perseguir al redactar el libro? El más inmediato está nítidamente formulado en el título: combatir lo que él llama «idealización de al-Andalus», es decir, la presentación

de ese período de la historia de la Península Ibérica como una época de prosperidad, civilización y convivencia por parte de personajes «instalados en la explotación y fomento de la ficción» (p. X). Pero el objetivo último va mucho más allá y es nada menos que alzarse contra la autodestrucción ideológica que corroe España, que Serafin Fanjul localiza en tres frentes: «la contraposición hostil, agresiva y victimista de algunas comunidades regionales frente a la noción genérica de España; la condena ciega y en bloque de la colonización americana; y la resurrección de un al-Andalus legendario que, en Andalucía, se pretende sustituto de la varita mágica que acuda a resolver los graves problemas socio-económicos de la región» (p. 3). Dejada para otro momento o en otras manos la misión de combatir las dos primeras amenazas, Fanjul concentra su atención en la cuestión de al-Andalus.

*La quimera de al-Andalus* se divide en siete capítulos totalmente independientes y cuyo único nexo de unión es la ya comentada pretensión de demostrar las falacias de cierta visión de la Historia. En un primer momento llama la atención la proporción de capítulos dedicados a los moriscos, tres de los siete, teniendo en cuenta que es un proceso histórico que no ha sido tradicionalmente considerado parte de la Historia de al-Andalus; sin embargo, tras la lectura de *La quimera de al-Andalus*, la descompensada presencia de la cuestión morisca pasa a ser una objeción de menor entidad ante la comprobación de la ausencia casi total de al-Andalus en las páginas de este libro. En efecto, lo que debería ser el eje central sobre el que girara toda la argumentación queda limitado a unas esporádicas menciones que surgen aquí y allá a lo largo del vertiginoso viaje por el tiempo y por el espacio en el que el autor se embarca —y nos embarca— a la búsqueda de datos, testimonios y pruebas que confirmen sus teorías. Pero quizás lo más chocante no sea la desproporción en extensión entre lo andalusí y lo morisco, lo que verdaderamente sorprende es la muy notoria diferencia en la calidad de los pasajes que dedica a una y otra cuestión. De esta forma, frente a una correcta utilización de la bibliografía sobre la materia y un trabajo de archivo muy apreciable en los capítulos sobre los moriscos, en especial «Los moriscos y América», destaca la muy pobre utilización que se hace de la producción científica contemporánea sobre al-Andalus y una evidente falta de familiaridad con las fuentes árabes. Baste un único y clarificador ejemplo: al referirse a la introducción del malikismo en al-Andalus (escuela jurídica a la que, por otra parte, parece culpar de la intransigencia del Islam andalusí) el único testimonio que aporta (p. 40) es una cita de una compilación tardía y nada original como es el *Dikr bilād al-Andalus*; todo lo que se ha escrito sobre el tema es graciosamente obviado y las fuentes árabes más fiables que reproducen la noticia, dejadas de lado. Es evidente que el autor se mueve mejor entre documentos castellanos de época moderna que entre los textos árabes medievales referidos a al-Andalus.

*La quimera de al-Andalus* es un libro de polémica, nacido con el objetivo de enfrentarse a la idea de que al-Andalus era un lugar de convivencia pací-

fica, progreso intelectual y esplendor cultural. Los defensores de esa concepción idílica son identificados con mayor o menor concreción por Serafín Fanjul: en la extensa nómina figuran desde personas citadas nominalmente (Américo Castro y Pierre Guichard son sus contrincantes predilectos, pero ni mucho menos los únicos) hasta grupos de límites no muy definidos (políticos manipuladores, ignorantes escritores de novelas históricas, izquierdistas anquilosados, personajes de la cultura populachera), no pudiendo faltar, claro está, el gremio de los arabistas, a los que acusa de «disculpar cualquier fenómeno relacionado con árabes o musulmanes» (p. 204). Tan amplia y heterogénea es la nómina de estos enemigos de la verdad histórica que uno estaría tentado a sospechar la existencia de una conspiración, pero como ya hemos sido advertidos de que creer en las conspiraciones es propio de pueblos atrasados, apáticos y conformistas, habremos de desechar esa posibilidad. Pero frente a esa relación tan prolija de individuos y colectividades que encarnan las vitandas teorías que tanto mal hacen al ser de España, la exposición de dichas teorías se mueve continuamente dentro de la mayor indefinición, lo que provoca dos consecuencias inevitables: que el lector no alcance a conocer en ningún momento cuál es la esencia exacta de la teoría contra la que se combate y que el autor, al intentar rebatir algo que no ha sido concretado ni sistematizado, se despeñe hacia una argumentación episódica, circunstancial, ambigua y anecdótica.

Paradigma de ello es el primero de los capítulos, «La idealización de al-Andalus» (p. 1-20). Su breve extensión y la amplitud de los temas que quiere tratar dan como resultado que lo que se nos ofrece no sea otra cosa que unas apresuradas pinceladas sobre cuestiones que merecerían una atención más detenida. Es evidente que si en una veintena de páginas se habla de la anticuada, aburrida y superada polémica entre Sánchez Albornoz y Castro, de las teorías de Guichard, del debate sobre la libertad de la mujer en al-Andalus, de la consideración de la música entre los musulmanes y de la visión que algunos medios de comunicación dan sobre el pasado musulmán de Andalucía o España, la profundidad con la que se aborda cada uno de estos temas sea mínima. De este modo, lo que debería ser discusión crítica de las ideas del oponente se convierte en juicios de valor no suficientemente razonados: Sánchez Albornoz, a pesar de algunos errores y ciertas exageraciones, es «honesto», mientras que Castro, Watt o Guichard reciben un tratamiento mucho menos complaciente, como cuando atribuye a Américo Castro un «impresentable cinismo» (p. 6). Tampoco nos debe extrañar que se recurra a la anécdota menos pertinente, porque ¿qué interés tiene para el conocimiento de la situación de la mujer en al-Andalus el chusco relato (p. 11) sobre la prohibición de vender en la ciudad yemení de Sanaa los rábanos enteros, a fin de que no pudieran ser utilizados por las mujeres para saciar apetitos distintos del alimenticio? (si bien es cierto que esta historieta no desentona en el tono general del pasaje, centrado casi exclusivamente en los aspectos sexuales de la cuestión). Buena muestra del razonamiento ambi-

guo o impreciso que impregna todo el trabajo son las páginas que dedica a la música; la conclusión que se extrae de su lectura es que la música no es que estuviera prohibida, es que estaba mal vista, aunque, en realidad, estaba mal vista sólo por algunos rigoristas quienes, sin embargo, no la consideraban nefanda sino sólo impropia; conclusión de todo esto: que en al-Andalus dominaba «un rigorismo ambiental [...] que, si no conseguía impedir del todo la existencia de música y cante [*sic*], al menos sí lograría amargar más de una alegría» (p. 13), pobre victoria para una religión, la musulmana, «tan totalizadora y condicionadora de las conductas mediante la presión abusiva de la colectividad sobre el individuo, algo felizmente superado en Europa hace siglos» (p. 14-15). En ocasiones los ejemplos que aduce para sustentar sus críticas son tan insustanciales que invitan a deducir justo lo contrario de lo que se pretende demostrar: si para documentar la presencia en los medios de comunicación andaluces de la «idealización de al-Andalus» se tiene que acudir a la denuncia de la innegable falta de rigor histórico de un programa sobre ¡flamenco! de la televisión regional andaluza (p. 15), es razonable suponer que en medios o programas en los que cabe esperar una mayor seriedad el implacable censor que es Serafín Fanjul no ha podido hallar pruebas más valiosas y concluyentes. La frase que pone punto final al capítulo es reveladora: «al-Andalus, la Hispania musulmana, sigue esperando una aproximación sin cadenas ni colorines, —pero también sin complejos de culpabilidad que nos vuelvan estrábicos y oscurezcan la mirada» (p. 20). Lo cierto es que, desde hace ya muchos años, el arabismo —especialmente el español, pero no exclusivamente— viene trabajando con seriedad y sin prejuicios en el estudio de al-Andalus, habiendo superado polémicas estériles y muy poco científicas, como la de Sánchez Albornoz y Castro, derribado mitos, como el de la mayor libertad de la mujer andalusí, y aportado un enorme caudal de datos nuevos tanto por medio de la edición de nuevos textos árabes como a través del análisis innovador y el aprovechamiento exhaustivo de las informaciones conservadas en las fuentes. Todo esto se halla ausente del trabajo de Serafín Fanjul y probablemente no porque lo desconozca —algo que, si no disculpable, sería al menos comprensible puesto que no es especialista en la materia—, sino porque una lectura atenta y no tergiversadora de la literatura científica sobre al-Andalus invalidaría buena parte de sus esfuerzos y desvelos.

En conclusión, *La quimera de al-Andalus* es, según su autor, un intento de demostrar la falsedad de la idea de al-Andalus como paraíso de tolerancia y convivencia, pero se trata de un empeño totalmente fallido por diversos motivos. En primer lugar, en ningún momento queda justificada la obsesiva preocupación del autor por el supuesto problema que representaría la mitificación de al-Andalus: no consigue demostrar que exista en el ámbito científico, a pesar de las raheces tergiversaciones con las que presenta algunos trabajos de arabistas, ni logra convencernos de que las escasas y humildes alegrías con las que se contempla el legado andalusí desde ciertos medios li-

terarios o periodísticos constituyan un atentado a la verdad histórica ni un riesgo para la unidad de los hombres y las tierras de España. Ni siquiera en Andalucía, región tan rica en historia que cualquier localidad puede elegir sus «referentes históricos» dentro de un amplio catálogo de acontecimientos pasados, de modo que, si bien algunas ciudades o comarcas han elegido al-Andalus como la etapa de su pasado que más les interesa remarcar, otras se han inclinado por lo romano, lo íbero o lo tartésico, siempre con un entusiasmo tan ingenuo como inofensivo. En resumidas cuentas, nada que no podamos encontrar en cualquier otro lugar del mundo, con la salvedad de que al-Andalus, por mucho que sea mitificado, idealizado o, simplemente, edulcorado, es una realidad histórica apabullante, algo que no se puede decir de otros mitos fundacionales, unos más lucrativos, otros más sangrientos, que se apoyan en la más absoluta invención. No es de extrañar que, ante la poca entidad de la cuestión que se plantea como punto de partida del libro, el desarrollo del mismo se vea gravemente lastrado, hasta el punto de que, si lo analizamos con detenimiento, nos encontraremos con que toda la argumentación que levanta Serafín Fanjul se compone de dos ingredientes: los ataques personales a investigadores con cuyas ideas no simpatiza y la enumeración de ejemplos de lo que cabría denominar el lado oscuro del Islam, para lo que no duda en ir saltando desde el al-Andalus medieval hasta el Teherán de nuestros días con su segregación sexista en los autobuses, desde la occidental Córdoba hasta la yemení Sanaa y sus pecaminosos rábanos. Lo que al final le queda al lector es la sospecha de que lo importante en este libro no es el objetivo sino los medios, es decir, que la pretendida defensa de la realidad histórica de al-Andalus (que, por otra parte, nunca aparece expuesta de manera seria y consecuente) es sólo una excusa para desplegar un alocado repertorio de baldones del Islam y del mundo árabe. Esa sospecha quedará totalmente confirmada si el lector pone en relación este libro con las ideas expresadas por el profesor Fanjul en otros medios, como el artículo publicado en un diario español (ABC, 12 de abril de 2004), que comienza con la reveladora frase: «Bassam Tibi es un sirio que, naturalmente, vive en Alemania. Uno de los rarísimos árabes con capacidad autocrítica no puede permitirse el lujo de residir en su propio país pues, amén de la libertad de expresión, perdería la vida». Es evidente que Serafín Fanjul padece de una cierta incapacidad para percibir y apreciar lo poco o mucho de bueno que la cultura árabe, actual o pasada, puede ofrecer a los que a ella se acercan sin prejuicios de cualquier tipo. Si para cualquier persona dicha incapacidad es limitante y empobrecedora, para un arabista en ejercicio podría ser realmente frustrante el hecho de verse obligado a trabajar cotidianamente sobre una cultura cuyas manifestaciones provocan tal aversión. Pero ya vemos que hay formas sencillas de eludir estos problemas: basta evitar las causas.

LUIS MOLINA